



Capítulo 23

Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

BABEL, EL PARAÍSO (1993)

EL IDIOMA DE LA UTOPIA

por Peter Elmore

NO SE EXAGERA EN DECIR QUE Miguel Gutiérrez es uno de los mejores novelistas peruanos contemporáneos. Tampoco se falta a la verdad si uno añade que, en el último lustro, se ha convertido en uno de los más prolíficos; en 1988 publicó *Hombres de caminos*, en 1991 su vasta *La violencia del tiempo* y, un año más tarde, *La destrucción del reino*.

Su novela más reciente se titula *Babel, el paraíso* (Lima: Colmillo Blanco, 1993) y, acabada su lectura, se hace evidente que con ella el escritor piurano se ha arriesgado —literal y figuradamente— a explorar nuevos territorios. No deja de causar asombro esta fecundidad en un autor que dejó pasar un lapso de casi dos décadas entre la publicación de su primera novela —me refiero a *El viejo saurio se retira*— y la segunda.

Hombres de caminos, *La violencia del tiempo* y *La destrucción del reino* se ubican en un mismo espacio físico y humano, el de una Piura semifeudal y arcaica, signada por conflictos atávicos y pasiones trágicas. A pesar de sus diferentes envergaduras, esos textos comparten una poética que se funda en el realismo crítico y la indagación existencial. Contrastados con *Babel, el paraíso*, se advierte que conforman una unidad en la producción novelística de Gutiérrez. En cierto sentido, esos libros delatan a un fabulador de la estirpe de William Faulkner; la Piura de Gutiérrez es, como

el mítico condado de Yoknatapawpha, un tierra abrumada por los estigmas y los traumas de su pasado.

En la literatura peruana, *Babel, el paraíso* ocupa un sitio solitario y hasta insólito: se trata de una novela de ideas, forma cuyos mejores ejemplos se remontan al siglo XVII europeo, cuando los irónicos ingenios de Diderot y Voltaire se empeñaron en conmovier los cimientos del viejo dogmatismo religioso.

En el caso de *Babel, el paraíso*, los dogmas minados son de índole secular y política (lo cual, por cierto, no los hace menos rígidos ni más racionales). Ese aire libertario que recorre el libro trae a lamente las ya muy conocidas ideas de Mikhail Bajtín, en *Problemas de la poética de Dostoiewski*, sobre el carácter antiautoritario y plural del género novelesco. Una novela genuina, según Bajtín, rechazaría intrínsecamente toda verdad absoluta y todo monólogo excluyente para, por el contrario, favorecer el debate y la confrontación de perspectivas.

Y, sin embargo, en *Babel, el paraíso* se oye casi exclusivamente la voz de su protagonista, un lingüista peruano que refiere las experiencias vividas años atrás en el pequinés Hotel Internacional de la Amistad, al que sarcásticamente rebautiza como «La Reservación». Pese a que la relativa ausencia de diálogo en el texto de Gutiérrez parecería volver irrelevante la alusión a Bajtín, conviene notar que el discurso del narrador se presenta como una extensa intervención polémica: su prolongado parlamento es, en rigor, una réplica.

Desde el primer párrafo de la novela se subraya la naturaleza controversial de la historia que contará el ex residente de Babel: «Habíamos llegado a una conclusión preliminar satisfactoria sobre el asunto que nos convocaba, cuando el invitado pidió la palabra», señala, irritada, la voz del moderador que introduce el grueso del relato.

Dos tendencias a primera vista contrarias se reconcilian en *Babel, el paraíso*: el impulso generalizador de la alegoría y el aliento personal, subjetivo, de las memorias. El espacio cosmopolita y exótico de la Reservación funciona como una suerte de microcos-

mos en el que se refractan, de manera sublime o grotesca, los conflictos y tensiones de la modernidad tardía.

Es por medio de la crónica de su experiencia entre los extranjeros radicados en China que el narrador plantea el problema de la sociedad ideal, de esa *isla feliz* en la cual las relaciones entre el individuo y la comunidad han alcanzado la perfección.

Como Rafael Hitlodeo —el sabio navegante de la *Utopía* de Tomás Moro—, el protagonista de *Babel, el paraíso* es un viajero que retorna a sus lares para ofrecer su testimonio: «Lo que quiero decirles, mis amigos, es que yo había tenido la infinita fortuna de hallar el reino de la utopía, es decir un espacio donde al no existir normas ni prohibiciones ni jerarquías ni jefatura (detesto las autoridades, incluso si son sensatas y equitativas) se hacía posible la comunicación y el entendimiento, tornando absurdo todo combate por las ideas o las palabras» (p. 70). Se reconoce en esta cita la dicción sobria y formal, aunque no exenta de ironía, que tiñe al discurso del narrador.

El descubridor de la Utopía no puede dibujarla en ningún mapa, pues esta no es un lugar —eso lo proclama la etimología misma del vocablo— sino un orden armónico, una forma de convivencia no contaminada por el egoísmo ni la intolerancia.

La comunidad utópica a la que alude el narrador de *Babel, el paraíso* se compone de veintidós hombres y mujeres, veinte de ellos expatriados y uno «trabajador del imperio» (p. 43). El vínculo que los une es la amistad, la apertura hacia el otro. Si la Nación y el Partido de proponen al sujeto convertirse en átomo de una masa que lo contiene y trasciende, la pequeña tribu de la Reservación reconoce y cultiva la individualidad de sus miembros.

Se trata en la práctica de una espontánea colectividad ácrata, reacia a toda forma de control institucional o de censura: mínusculo proyecto de una sociedad libre, el grupo de amigos del narrador constituye una refutación implícita de las ideologías de Estado.

En la novela aparecen también otros grupos, que se contrastan negativamente con aquel que el narrador evoca con nostalgia. Se trata de las tres camarillas latinoamericanas —la de Amarilho, la gorda Rebeca y la Reina Holoturía—: es esas logias grotescas campean la maledicencia, la intriga palaciega y el culto jerárquico a la personalidad. Irrisoriamente totalitarios, los círculos de exiliados sudamericanos necesitan de su mutua enemistad para existir, pues su identidad se construye a través de la satanización de quienes no aceptan las reglas y los ritos de la grey.

Así, encarnan un modelo de sociedad que contraría en todo a los ideales del narrador. Pese a la rivalidad que separa a estos clanes —o, mejor dicho, a causa de ella—, pertenecen a la misma estirpe y comparten los mismos valores. Por cierto, no resulta gratuito que el único consenso posible entre las tres sectas se base, precisamente, en el virulento rechazo a los amigos del lingüista peruano: el *espíritu de cuerpo* las hace cerrar filas contra la amenaza de la heterodoxia.

Babel, el paraíso no se limita a reflexionar sobre los distintos paradigmas de socialización y diversas formas de convivencia humana. Si así fuese, su valor sería estrictamente ensayístico. Gutiérrez logra construir personajes con perfil propio, seres cuyas biografías y actitudes confirman este terco énfasis en la individualidad crítica que recorre la novela.

Entre estas criaturas de ficción, acaso la más memorable sea AQ, el «trabajador del imperio». AQ —su nombre remite de inmediato a Lu-Hsun, el mayor novelista chino del siglo XX— no es un extranjero, sino una suerte de exiliado existencial en quien, trágicamente, libran una contienda a muerte el deseo de trascenderse en la Historia (de ahí su fervorosa militancia juvenil en la Guardia Roja maoísta) y el antagónico impulso de encontrar un refugio intemporal en el Arte, a través de la música erudita occidental o la pintura clásica oriental.

Curiosamente AQ, el más singular de los personajes de *Babel, el paraíso* resulta también ser el más emblemático de esta, pues la tensión que lo habita —esa incesante pugna entre la seducción

de lo colectivo y los reclamos de la propia individualidad— es la misma que nutre a la inteligente novela de Miguel Gutiérrez.

El otro personaje desarrollado más o menos extensamente—y que, en más de un sentido, complementa al de AQ— es el de la mujer norteamericana, «la amiga rubia», cuya adolescencia transcurrió en medio del ambiente rebelde de los años 60. La aparente promiscuidad sexual que practica la estadounidense encierra un desafío personal a la lógica masificadora del Poder, pues en su caso el erotismo aspira a «*la liberación del cuerpo para su entrega desinhibida, no agónica ni culposa, al amor y al placer*» (p. 104).

Entre los dos polos vitales que AQ y la norteamericana ilustran se sitúan los demás miembros de la comunidad de Babel, tráfugas de todos los continentes y expatriados dentro del territorio de los expatriados.

Concluyo refiriéndome a un misterio que solicita la curiosidad del lector hasta las páginas finales de la novela: ¿Cómo consigue el narrador comunicarse con su ecuménico grupo de amigos? ¿Se trata de un políglota? ¿Recorre, acaso, al esperanto o a alguna lengua franca?

La solución final a este enigma es paradójica e inadmisibile desde la perspectiva del realismo, pero de una total coherencia con las premisas que animan a la valiosa obra de Miguel Gutiérrez. Si la pluralidad y el respeto a las diferencias son los principios que sustentan a la sociedad ideal, resulta lógico suponer que esos mismos principios deben regir también el diálogo entre los habitantes de esa sociedad.

De esa manera, Babel se convierte en uno de los inesperados nombres del paraíso y la confusión de lenguas, en una de las condiciones de la utopía.

La República, domingo 27 de febrero de 1994.